

LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

Saturnino Valladares¹

Angustioso y tenaz

Soñé que te morías
y desperté muriéndome con los ojos azules
cada vez más azules.

Mi luz en las tinieblas.

¹Doutor em Literatura Espanhola pela Universidad de Santiago de Compostela – Espanha.
Professor da Universidade Federal do Amazonas – Brasil. E-mail: saturninovalladares@gmail.com.

Entre las páginas de un libro

Encuentro una flor
entre las páginas marchitas de un libro,
que me regalaron hace quince años.

Leo su nombre y la dedicatoria:

Para Saturnino, con mi cariño.

Contemplo la duración y el asombro,
una margarita que fue dolor
y alegría en sus manos.

Paso las páginas y me detengo
en los versos, tibios o perezosos,
que subrayó a lápiz en sus prodigios:

más allá de la vida

quiero decírtelo con la muerte,

más allá del amor

quiero decírtelo con el olvido.

Cernuda le gustaba más que Lorca,
la tristeza que la felicidad,
el pulso que el pálpito en las venas.

Nos amamos desesperadamente,
como un niño yo, mucho más joven,
y ella como madre y como loca.

Me cobró la distancia y el desdén,
cuando disuelto en niebla, ausencia,
me hastié de su perfume y sus reproches.
Cerca, donde no habitaba el olvido.

Los años se fueron sin nosotros.
Llorando, alguien me dijo una mañana
que había muerto más allá de la vida.
Recordé que entre la lengua y los labios
me decía: Te quiero. No lo olvides.

*Si no te conozco, no he vivido; si muero
sin conocerte, no muero, porque no he vivido.*

Más allá del amor y la tristeza,
ya solo queda esta flor marchita.

Movimientos de títere

Vuelvo de La Habana hace quince años,
ingenuo y fascinado, con más pelo,
y la sensación de haber tocado
todo lo que era naranja y no era mío.
Con el peso y la luz del primer viaje
vuelvo a casa feliz en la mirada.
No toco el timbre. La puerta se abre.
Fidel abre la puerta, delgadito
y muriéndose todo una sonrisa.
Lo abrazo con fuerza –es el hombre
al que más he querido y con quien más–.
No habla. Ronca bajito. No entiendo.
Mueve los brazos, agita las palmas
de las manos, los hombros como un títere
al que nunca he visto. Con un gesto mueve
el pañuelo y fija allí su mano.
Escucho como suena una voz nueva,
robotizada, enferma. Él sonrío
con lágrimas, mueve los hombros, qué.

Yo digo que bien, sí, muy bien, La Habana.

Fidel mueve la cabeza, guiña un ojo.

Está contento y traqueotomizado.

Me ahogo. Lo abrazo. Siento el pulso

de un pajarillo entre su vida y la mía,

un secreto murmullo y sus manos

de trapo en mi cabeza, calmándome

de lo que ha vivido y el porvenir.

Fidelito me besa, miente, dice

que está bien, que esté tranquilo, yo digo

que sí, que sí –me cago en dios–, que estoy bien.

Falta la vida, asiste lo vivido

Descansa, tú ya mereces la muerte.

Termina la vida, todo está en calma:

la lluvia cae, se abrazan dos jóvenes,

llora un ser entre ellos por primer vez.

Desaparece en la luz para siempre

con indiferencia o conformidad,

sabiéndote en la yema de los dedos

querido tan de veras por este hombre

que te vela y tú, sedado, no sufres:

descansas de vivir, y lo vivido

es del olvido ya sólo una mueca.

Yanomami: las cenizas del hombre grande

Desataron los nudos de los árboles.

Descendieron la hamaca de la altura de su muerte

y los sentidos alcanzaron su verdad.

Rayos de luz oblicua

entraron en los ojos de la aldea

atravesados por el llanto.

En el centro del lugar presumieron desnudas

las cicatrices del hombre grande,

que ayer fueran sabias en la concordia,

grito feroz en la lucha y ojo certero en la flecha.

Acuclillada,

la aldea contempló el cuerpo ardiente,

desde el delirio de las crestas rojas

y las formas delicadas de la ceniza,

hasta la extinción de los orígenes.

Amorosamente,

desde el anciano al niño,

cada miembro tomó con las manos

la materia atravesada por el fuego.

Entraron en las bocas las cenizas
de los huesos del hombre grande
para que su espíritu orease en cada aliento
y reintegrarlo a la selva y a lo viviente.

Se evaporó el llanto
bajo los párpados de la aldea,
cuando un ritmo azul y sosegado
latió sacramente en sus salivas.

Il Tuffatore

Se tensó el desnudo en la ribera.

Alzó los brazos, las puntas de los pies.

Femeninas miradas se asomaron
vivaces ante el temor de la muerte.

El cuerpo saltó mojado de aires,
fugaz, en el horizonte vacío.

Una curva erecta y misteriosa
vibra en su belleza solitaria.

Cae del cielo, abandona su fuerza.

Un dedo formará ondas en las aguas.

Donde se reúnen los ayeres

Onde se reúnem os ontens?

ASTRID CABRAL

Todo lo ocupa en la fotografía:
delgado, con un pañuelo en el cuello,
muriéndose de verdad cada día.
Hay una mueca en la sonrisa triste,
el ala oscura de un dolor ajeno
que solo a nosotros nos pertenece.
Abierto el jardín de la infancia,
me veo en los rosales del patio,
en la luz blanquísima de las doce,
con mi mano en el hombro de Fidel
y en la certeza de que se moría.

El corazón late a ritmo de pájaro,
en otro lugar y en otro tiempo
y otros amigos, la misma pasión.

Pañales y mortaja

Me asomé al mundo: no había nadie.

Detrás de mí los manantiales límpidos

y la huella de mi pie en el desierto.

No había nadie. Nadie que entendiese

mi figura recortada en lo oscuro,

como un espejismo de luz caída.

El viento esparcía el don de su gloria,

la tenacidad, un paso del tiempo.

Miré a mi espalda: ya no quedaba

ni una huella de mi peso en la arena,

ni la forma de mi rostro en las aguas.

De rodillas caí en la certidumbre:

nadie se había asomado al mundo.

Y un es cansado

Mi vida, tantas muertes,
despedidas y adioses
definitivos.

No te conozco aún y ya te espero
con un pájaro alto
que en la mano comienza
a aletear.

¡Cuántas muertes para una sola vida!

Morir, morirme
yo también, al fin,
en medio de la lluvia y el presente.

Una hoja caída, solo un olvido,
el destino de todos los recuerdos.

Nosotros

Pavesas ciegas tiemblan
en la levedad del aire
su perdida memoria.

En la ceniza fría
las yemas de los dedos
disuelven las ofrendas.

¿Era esto la ausencia?

Recebido em 25/11/2019.

Aceito em 09/03/2020.